

AURORA FREIJO CORBEIRA

---

*La ternera*



---

ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

# **LA TERNERA**

**AURORA FREIJO CORBEIRA**



**ANAGRAMA**

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: enero de 2021

© imagen de cubierta, elizabethsalleebauer / Zoom / Getty Images

© Aurora Freijo Corbeira, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2021  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4218-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

*A Paco*

Pues muertos están los ángeles [...]

PAUL CELAN,  
*Amapola y memoria*

¿Quién, si yo gritara, me oiría  
desde las jerarquías de los ángeles?

RAINER MARIA RILKE,  
*Elegías de Duino*

## QUIETA

Quieta, piensa, si es que es un pensamiento, que no le importaría morirse. Tampoco no morir. No parece funcionar en su cabeza el silogismo disyuntivo, al menos en este asunto. Le es algo indiferente, pero tal vez muerta dolería menos. Si se la llevase el viento o si no despertara, nada cambiaría demasiado, pero descansaría. Le asoman a la cabeza las hortensias azules de su madre y las flores celestes de su pared.

Inexplicablemente, desoídos sus lamentos, amanece de nuevo con la rutina brutal. El ancla que es su pantalón bajado hasta las rodillas en esas tardes ya no se separará de sus pies durante años, quizá nunca.

¿Qué interminable conversación hay entre todos ellos que impide que la vean? Su padre mira a su madre, su madre mira a su hermana, los dos miran a su hermano recién nacido. Allí se paran todos los ojos. Puede quedarse dormida sobre el suelo sin que nadie lo note. No es divertido, aunque la madre crea que el desorden engrandece y aligera. Toda ella es un sinsentido.

Puede volver a casa con la falda del revés y nadie repara en ello. ¿Cómo no darse cuenta de lo que sucede en una falda de cinco años? No piensa comer. No va a abrir la boca: ni para comer, ni para hablar. Bien cerrada. Toda ella cerrada, en lo que pueda.

Qué sordera de casa. De acuerdo: si se trata de tener secretos, habrá que tenerlos.

Otra vez huele mal en la escalera. Todos los chicos se ríen del asunto; es repugnante. Es el olor del 3.º B. Ahí vive el zapatero. Se tapa la nariz porque lo hacen todos los demás. Sin embargo no es lo único putrefacto, bien lo sabe ella, y de nada vale taparse la nariz. Ni no respirar.

Bien lo sabe ella.

## LA CUERDA DE PITA

El padre se reía de aquel vecino flaco y desmadejado porque en lugar de un cinturón se ajustaba el pantalón con una cuerda de pita. De pita; a ella le hacía gracia esa expresión de resonancias de gallina. La risa de su padre no era franca sino algo cobarde, enredada, gallega al fin y al cabo. Reía igual cuando hablaba de unos perros de su pueblo de niño, perros emaciados, como galgos sin cuidados, cuya extrema delgadez, decía, les hacía caminar juntos para formar una pobre unidad que permitiese resistir la soledad de su vida miserable. Tenía ese padre una risa hacia dentro censurada siempre por la madre, que lo ignoraba en el mejor de los casos, cuando no despreciaba su mediocridad inamovible.

Pero a ella su padre le gustaba. Siempre sería su cómplice, pese a la desatención de su madre, o quizá por ello. Esperaba horas cerca de la puerta para oír su llave abrir el cerrojo anunciando su vuelta a casa.

Papá no sabe nada de su cazador porque tiene que ausentarse para trabajar. No está en casa para vigilar a sus cachorros. Ni sabe que a veces le roban uno un rato para, después de manosearlo, devolverlo al mismo sitio. No puede oler el asqueroso rastro que dejan las manos del raptor.

## LA LIEBRE

No fue difícil cazarla. No parecía una trampa ni quizá él tampoco fuese un cazador, pero resultó atrapada. Irrelevante que, al terminar, la puerta de aquel modesto baño del 4.º A volviese a abrirse: el pestillo, aunque retirado después, quedaba atrampado en su boca y sus vísceras de cinco años.

Él debió intuir lo fácil que le resultaría llevársela a las manos, traerla a su pantalón. No hizo falta demasiada destreza. Todo fue calmo. El 4.º A y el 4.º C eran de buena vecindad. El pantalón para ella hasta entonces era un sustantivo que concernía únicamente al de su padre, del que colgado en el galán, al llegar de trabajar, solían caerse algunas monedas haciendo un ruido de arropo y seguridad. En casa sobraban las monedas. El pantalón guardaba cada noche la forma de su padre y cuidaba la casa. Era el pantalón del bienestar y el resguardo.

Su madre amorosamente la llamaba liebre. No sabía que su liebre había sido cazada en la pernera de un pantalón.

Ahora todos tienen que ir a la calle a jugar. No es que le apetezca, pero su madre le encarga a su hermana que la cuide. Pobre madre insensata. Sus ojos verdes no ven nada más que versos. No acierta a saber que está ya descuidada del todo. Y no se puede vivir en verso. A ver si se entera.

Bien. Baja a jugar.



## ROSADO

¿Por qué nadie interrumpe en esa sala de baño cuando están? Si lo hicieran encontrarían la sala de daño. Ni rastro de peces, ni flores, ni nubes. Él nunca la tumba. Le basta tenerla quieta y a mano. Mansa como es, puede acercársela al inodoro, donde siempre se sienta para tocarla.

El lavabo es blanco,  
la bayeta gris,  
la lejía azul,  
el suelo negruzco.  
Y su sexo rosado.

Y su sexo rosado.

## **NO LE VE LA GRACIA**

Tendrá que ser amiga de Rosi. Pero la Rosi es tan tonta. No se dice «la» delante de un nombre propio, le insiste su madre, y es que su madre es culta. Ella siempre tiene que contentarse con lo que sobra: con la ropa heredada de su hermana, con el padre despreciado por su madre, con las amigas que nadie quiere, con las palabras que quedan bajo la boca de su madre después de que esta converse con su hermana y arrulle a su hermano.

Vale. Bajará con Rosi al pretil. Pero que nadie espere grandes cosas: será una amiga casi muda y herbívora. Y seria. Ella no le ve la gracia ni a correr unos tras otros, ni a esconderse, ni a las comiditas.

## SE LA VAN A COMER

Iba a parir inminentemente y podrían verlo de muy cerca. Les despertaron para ello muy de madrugada, en las horas insólitas para que los niños estén despiertos, pero la ocasión lo merecía. Si todo iba bien veríamos salir primero la cabeza y las patas delanteras. La misma luz amarilla que en sus sueños de carnicería. Nació con esa rareza de feto que hace que todos parezcamos un pez al nacer, desamparado, extrañado, sin saber si respirar es la mejor opción. Se pegaba a su madre el tiempo que la dejaron hacerlo, con un miedo de cabeza irracional y de cuerpo sin límites. Pronto las separaron:

-Si no lo hacemos ahora, luego es imposible.

No lo sabía, pero se la iban a comer, como dios manda, como se debe hacer con los terneros. Si todo iba bien estaría algunos días más sola y engordando.

Si todo iba bien vendría el camión a buscarla. Carne de primera.

La madre vaca no dejaba de llamarla a voces de vaca con el corazón mamífero. Bajo la luz de penuria del establo su respiración humana de vaca la hacía más madre que muchas de las que ella conocía.

## HURÍ SIN EDÉN

Los coturnos. No es una palabra propia de un lenguaje infantil, pero así era la casa: había más teatro que comida, más poesía que zapatos limpios, más lectura que lavadoras planchadas. Coturno. Ella aprendió esa palabra pronto porque su madre la llevó a una representación para la que no tenía edad, con las criadas Claire y Solange, locas y asesinas. Tampoco ahora al salir de allí tiene mucho que decir. No es por tonta, es por horror. ¿Y con quién hablar de esos asuntos? Sola otra vez.

Coturnos y muñecas. Genet y el catecismo francés. Las mil mejores poesías de la lengua castellana -Zorrilla, la vega del Guadiana, el moro y la hurí del edén- y la cartera roja llena de cuadernos inútiles.

Pero no quiere ir al colegio. Prefiere que su madre la acoja en su pecho de mala madre.

## **EL PÁJARO NO CANTA**

En el colegio ella ya no es nadie. ¿Dónde están entonces las manos hogar de su padre? Entiende que es mejor ser discreta allí. A nadie le interesan sus temores. Mejor callar, como un gorrión que no cantase. Su madre la llama así a veces con su voz de verso: gorrión. El colegio no es su sitio, ni puede ser realmente el sitio de nadie. El corazón encogido ayuda a pasar desapercibida. No entiende el porqué del babi ni del uniforme, ni del recreo ni de los libros. Ese babi nunca está bien planchado. No es un babi disciplinado, como a ella le gustaría que fuera, para parecer una más. Su madre lo metió en la lavadora a una temperatura excesiva y le quedaron arrugas imborrables. Esta madre, cree, presta poca atención a veces. Hay cosas que no tienen marcha atrás. Ella ya lo ha aprendido, y no solo por las arrugas imposibles.

Algo de orden vendría bien, a la ropa pero sobre todo a su cuerpo vulnerable. Prefiere no ser distinta, o al menos no parecerlo, que nadie vea el sacrificio de carne que a veces es su cuerpo.

Tampoco entiende por qué el baño del 4.º A aparece algunas veces en su vida. Tendrá que darle al menos un sentido prestado.

## LA MADRE

Los sube y baja como una gacela. Es tan ligera. A su madre, sin embargo, los ocho tramos de escaleras le cuestan la vida. Los cuatro pisos se convierten en cuatro abismos ascendentes para su corazón de color rojo amador, el mismo que late, desde que ella tiene memoria, con una arritmia propia y desacompasada, desajustada e incompetente, aun con un rotundo empeño en palpar siempre una vez más. «Fibrilación auricular», dice el cardiólogo, «estenosis mitral», insiste, y entonces ya para siempre «fibrilación» y «estenosis» son en esa casa palabras cotidianas, como el cola cao o el uniforme del colegio. Abierto, reordenado y cosido en quirófano, su corazón de madre, operado, resiste. Una cicatriz recorre la línea inferior de su seno izquierdo de Madonna de Port Lligat. Años más tarde habrá nuevas operaciones en el mismo órgano de terciopelo y una nueva cicatriz también, rosada, ahora de norte a sur, en canal, recorriendo el pecho de res que guarda este empecinado órgano, el mismo que treinta años más tarde decidirá, ya desapasionado, y en acuerdo tomado con su alma y su pelo de sirena, no poder más.

## COMO EL MAR

En estos años su madre es una joven madre, algo ingrávida pese a que su corazón no ayuda, más atenta a los poemas que a las rutinas de su casa, del 4.º C. Ella, la hija, tiene los ojos como el mar, le dice su madre. No, azules no, profundos. Así se lo escribió en un poema. Su madre es poeta, «poetisa española», como escribió de ella un periódico panameño. Pero ella tiene la certeza de que la profundidad romántica que su madre le regala en sus palabras es en ella negrura de peces abisales y algas, una oscuridad que esconde en secreto morfologías de cieno y vísceras giradas, que podrían verse si alguien se asomase a las órbitas de sus ojos, porque ella las ofrece como entradas de salvación.

Pero los huesos que amparan sus ojos son de acceso difícil.

# EL CÍRCULO

Ahora ya, desde que existe el baño, un círculo invisible la rodea. Está sola. Nada de antes puede llegarle del mismo modo y nada puede acercarse suficientemente a ella. Ni los juegos, ni los cuidados, ni los brazos de árbol de su padre ni la voz buceadora de su madre. Un silencio de agua la persigue. Ningún movimiento podría esquivarlo. Por mucho que corre no puede dejarlo atrás. No consigue sacarle ventaja. Ella, que era tan ligera, casi no logra moverse, no puede engañar a ese silencio pegajoso.

Ya no es como las demás. El abrazo cálido de la normalidad se ha retirado. Cuando el baño pequeño y aseado hasta el escrúpulo se hizo parte de algunas tardes, delicadamente, casi imperceptiblemente, la gentileza de la norma se replegó. Nadie se dio cuenta, pero el lavabo, el espejo y el váter la empujaron, al acogerla, fuera del mundo. La mano inexperta y desajustada de él, al tomarla, la malogró.

Hace lo que se debe hacer con esos pocos años: come, va al colegio, juega, duerme, solo que ahora una campana de cristal la distancia de la vida que era suya. Nadie puede tocarla ya, salvo él, que rompe, cuando toma su mano para llevarla, ese círculo paralítico.

Él es el dueño de su soledad.



## **EL 4.º PISO**

En ese cuarto piso la letra A y la C se entienden como una sola casa. Demasiada mezcla. Son casas de puertas abiertas, vecindades de las de entonces, de barrio humilde, de comunión de olores, niños y amables noches de verano en el pretil, donde el sol tiene el reconocible claror del bienestar.

Aun sin saberlo, y sin saber qué, ella espera. Los pies no le llegan al suelo, pero el asiento es familiar, lo que le hace parecer seguro. Los aires de la calle ya buscan la reunión de juegos infantiles. Vendrán más tarde, porque ahora es hora, la hora, del pequeño cuerpo confiado, frente al televisor, al resguardo que le da la merienda infantil en la mesa de la casa vecina, el 4.º A.

Siéntate ahí. Juega. Espera.

## LA CASA DE LA CARNE

La casa carnal: el 4.º A. El padre del A trabaja en el matadero municipal cargando reses. Degüello y despiece. Es un hombre dulce pese a ese trabajo inhumano.

Ella dice en casa que no quiere comer carne. Le repugna. No quiere filetes, aunque su padre, amado padre, se los prepare con el mimo cuidador que elige lo mejor, esos trozos que no tienen nervio. No se sabe cómo cabe tanto asco en un cuerpo tan frágil. Pero ese es su momento de verdadera elección, de subversión, aunque nadie, ni ella misma, lo sepa: no quiero carne.

Suele tener la boca callada, pero no por serenidad, como pudiera parecer, sino por imposibilidad, por indefensión, y por soberbia doliente. En ella sobre todo hay silencio de efigie, porque sus cinco años de marcada delgadez son sin embargo ya toda una vida.

Sus huesos largos y sus ojos verdes confunden: hay un océano negro en sus cinco años. Su madre la llama tiernamente gacela, pero ella tiene sobre todo la mudez de los terneros. No sueña sueños de cinco años; los suyos son sueños de azulejos blancos de carnicería, de risas masculinas y de banquetas de tres patas.

¿Qué hacen allí esas pesadillas rojas?

## EL SITIO DEL FRIGORÍFICO

El frigorífico de esa casa vecina está en el salón. Extraño lugar para un electrodoméstico. Su padre vende electrodomésticos, pero de los afables, domésticos y hogareños. Mansos. Siempre lleva a casa las mejores novedades para sus tres hijos. Son electrodomésticos domésticos. Como perros que moviesen la cola. Su padre parece un buen mago. Pero ¿por qué han colocado en esa esquina importante del 4.º A el frigorífico? No acierta con la respuesta. Es tan frío. Siempre hay carne en él. En su casa, en el papel pintado de su habitación, hay sin embargo flores. Azules y amarillas. Al ir a dormir las acaricia con el dedo en la penumbra mientras llega el sueño. Son solo para ella.

Siéntate.

Ella está esperando, aunque no lo sepa aún. No sabe qué. Aún no ha sucedido. Cinco años de edad no dan para más.

## LA ENTREGA

Hay que despertarse temprano. Es demasiado pronto para sus años levantarse a esas horas cada día. Necesita más tiempo el calor de las sábanas. Ella más que nadie necesita ese nido. Pero le espera el día insensato por delante. El día para nada. Al menos están las manos de su padre para peinarla: dos coletas. Bajas. «No quiero que se vean mis orejas», le dice. No quiere que vean su fealdad. ¡Como si pudiera esconderla!

Su padre le regala el bollo que llevará al colegio. Brilla y eso le gusta. Los granos de azúcar parecen de estrellas. Las manos de su padre son siempre un regazo del que ella no quiere marchar. Manos de leche. Manos para acoger a un ternero.

Pero aguardan interminables horas de colegio. Las manos cóncavas de su padre la entregan al autobús escolar. Es una ofrenda a la normalidad. Aún es de noche cada día en el camino al colegio. Antes de entrar allí va apareciendo el día. Presagia una nueva batalla contra toda la hostilidad normalizada que es su exclusivo colegio francés.

Amaneciendo ¿para qué?

## LA CARTERA EN SU HOMBRO

Desea al menos que no haya carne para comer. Pero la hay tantas veces. «No quiero carne. Carne, no», piensa. El cuidado comedor del colegio apesta a desatención. Ella tiene el olfato en el corazón. También la vista. En el corazón cosido de su madre y en el suyo contraído. Intenta contar los días que le quedan en ese lugar, pero resultan infinitos. No hay cifra que valga en su cerebro pequeño. Toda la vida por pasar allí. Mejor callar, lo sabe. Allí no hay oído alguno. La carne que le ponen en el plato tiene nervios, claro. Su padre no está para limpiarla. Vigilan para que sea imposible no comerla.

Mientras, hay que jugar también. No seas testaruda, se dice, no vayas a la contra. Hay unas horas para ello, para el juego: la *récréation*. Lo exige el horario del centro. Tiene que jugar. Pero jugar ¿con quién? No sabe jugar: ni a la comba, ni a la goma, ni al balón. Qué extraños objetos. Su cuerpo no está para juegos.

A las cinco se puede volver a casa. Espera esa hora como un pájaro. Todas las horas del día se acumulan para que suceda el milagro de que la puerta se abra y pueda volver a casa. Esas puertas cerradas son un muro, como el lavabo del 4.º A. Aguarda con la cartera roja -qué empecinado rojo- algo adulta, regalo de su padre, con los libros franceses dentro. La cartera es un abismo que cuelga de su hombro. Está vencida.

En casa la luz vuelve a ser amarilla, como de sol. Calienta. La cocina es un hogar, su corazón descansa.

## **DOCE BALDOSAS**

Las baldosas de Dori eran amarillas. Llevaban al cielo, llevaban a casa. Un camino dorado. Pero estas del 4.º A, estas son grises. De oscura humildad. Camino de una res a su despiece. Doce baldosas del salón al baño inútil. Él tiende la mano que ella no puede dejar de aceptar. Importa ahora solo su porte de pieza de carne.

Con esos años no se tienen pechos. Ni pelos.

## EL BAÑO INÚTIL

Odia, sin saberlo, la humildad de ese baño A. Es un baño inútil. En el de su casa, C, la bañera es para bañarse con su hermana, el lavabo para que su padre lave sus ojos despiertos temprano, y el retrete se usa con la tapa levantada. Siempre está abierto su baño. Qué baño de juegos. Cerca la habitación de los padres, viva de desórdenes, y la cocina encacerolada.

El baño del A es un baño inútil. Es un bañocámara. No hay sonido. Sordo baño que ni oye ni habla. La puerta se cierra cuando él la lleva allí. El retrete es un asiento, no el suyo sino el asiento de él. El espejo una gruta. El lavabo un muro. Sus ojos llegan al borde de ese muro. Cinco años no llegan para ver más allá. En ese baño del 4.º A está la lavadora. Qué extraña manía tienen en esa casa de poner las cosas fuera de sitio. Ella no debería estar allí de pie, ni la lavadora al terminar la bañera, ni él sentado en el váter, ni la nevera en el salón. Qué orden inverso. Desordenadas las piezas ya no pueden volver a encajar. Las suyas tampoco podrán hacerlo. Despiezada, como pasada por el matadero, sus partes ya no serán el mismo todo que eran.

Ella no entiende. Mejor callar.

## **ROJO CORAZÓN**

El coche familiar es rojo. No es rojo carne cruda, es rojo corazón amador. Se siente en un palacio cuando va en él. Detrás, sentada, los pies rebasan escasamente la orilla del asiento marrón. Allí nada puede pasar. En el coche no puede entrar el carnicero.

El coche la lleva a la playa, y al campo de domingo, de flores y jilgueros, y a la piscina, de un azul fuera del tiempo. Así debe ser: fuera del tiempo, del tiempo de ella, del que la enmudece y endurece. Nada en el agua como los peces pequeños. Sin pensar, sin esfuerzo, líquida, como en el vientre de una madre.



## **LA LANA NO ABRIGA**

Hará frío hoy. Es muy necesario para su padre abrirla antes de dejarla en el autocar del colegio. Quizá sienta, porque es carne de su carne, que el frío que ella conoce es irreparable. Frío de difuntos. No hay quien detenga a la intemperie que en ella entró, que se coló en un descuido de todos y de nadie.

Insiste en ponerle leotardos, camiseta interior, guantes y gorro-verdugo. Pero desnudada prematuramente, sobran ya las telas y las lanas.

Padre, déjalo. El frío es imparable.

## DE PRIMERA

Le cuesta mucho entender que la carne se coma, que sea un alimento. La mira con atención para comprenderlo pero no deja de parecerle músculos de un cuerpo. Ella también tiene músculos, como las vacas. «Carne de ternera», pone en los rótulos pinchados sobre las piezas de carne del mercado. «Carne de primera», escrito en algunos. ¿Qué carne será ella? Es tierna, eso sí. Aunque algo flaca. Y muy blanca. Debe de ser de primera entonces, o al menos, en eso no hay duda, lo es de primera vez. «Carne de primera vez.»

La repugnancia es infinita. Adivina el sacrificio de cada trozo expuesto. Al llegar a casa y abrir el envoltorio de papel basto en el que envuelven en el mercado la carne comprada, el corazón se le encoge. Sabe que ha sido sacrificada y troceada, o desmembrada o picada o deshuesada. La toca con un dedo. Muerta. Ella también está un poco muerta. Cuando la guardan en el frigorífico de su casa se pierde entre el desorden de frutas, restos de comidas, verduras y botellas. En el de la casa de los objetos fuera de lugar, es la protagonista. La luz interna del frigorífico parece estar allí como un foco, exclusivamente para iluminarla. A la carne. A ella. A veces son la misma cosa.

Le cuesta mucho todo ya. Levantarse cada mañana, ponerse la camisa blanca, el uniforme del colegio, los calcetines azules, los zapatos mocasines. Ya nada es normal. Echa de menos los días de hace muy poco, sin marcas.

Echa de más su carne sin primera vez.

## LA RESPIRACIÓN CORRETEA

Su padre es el encargado de dormirla por las noches. Son los primeros en irse a la cama. Es el privilegio de ser pequeña. No tiene sueño a esas horas, pero el tiempo de silencio y la oscuridad azulada junto a su padre son el regalo del día. Es su ángel de la guarda. El cielo sin nubes tiene el azul de las noches de Reyes, como las flores del papel de su pared. Ni rastro del rojo carnicero. Luego la llevarán en brazos a su cama, la de su medida, junto a su hermana. Esta es grande, del padre y la madre, pero siempre hay un hueco para ella. Su padre se queda muy pronto dormido debido al cansancio de todo el día. Es un padre trabajador, cuidador, responsable. Su negocio suele tenerle en pie demasiadas horas atento a los clientes.

Mientras encuentra su propio sueño arrebujada en el hueco de su padre, juega con la respiración. Es un juego de amor y de verdad. Quiere acompasar su respiración a la del padre. Le cuesta. La de su padre es más lenta; la suya de gacela es rápida y leve. Corre tras la de él para alcanzarla, buscando que la respiración sea una y la misma, queriendo respirar al unísono. Consigue el ritmo y entonces se siente a salvo de todo. La liebre está en casa.

En eso debe de consistir el amor, piensa: en respirar a la vez, en hacer la respiración una. Así será alguna vez para ella, se dice.

Pero ahora, desde que el baño inútil apareció para llevarla, la concavidad de su padre la alerta.

Ya no es tiempo de prestar atención a la respiración.

## **LA LALI**

Al piso de arriba los niños van poco. No hay necesidad de pasar por él ni hay amigos con los que jugar. Es un piso de mayores. Pero allí vive Lali.

Ella querría ser como Lali. La del 5.º C.

Lali, la Lali, tiene novio. Se estrena. Es de primera vez, pero a ella la edad la acompaña. Se sienta en el pretil y mira el camión del novio de Lali aparcado. En la visera del camión, sobre un azul intenso de manto de virgen, él ha hecho grabar el nombre de su amor: LALI.

Ella quiere ser como la Lali algún día, cuando todo acabe.

Sin secreto.

Sin rojos y con azules.

A veces llora. Por su soledad de ortiga.

## **PARA QUE EL PESO NO SEA TAN GRANDE**

El baño se hace secreto. Hace secreto. Hace en secreto.

Es compacto cuando se cierra la puerta. Sin escondrijos por donde escapar. Inútil buscarlos, aunque tampoco lo hace: sabe que es una ternera en el matadero. Al menos, para que el peso no sea tan grande, intenta distraerse mirando las bayetas, los botes de limpieza y productos de baño. Huele demasiado a humedad. Pero no puede dejar de sentir el peso de su ropa rozando el suelo, enroscada en sus tobillos de pino joven.

Como los botes de droguería que andan por allí, el borde del lavabo también viene en su ayuda. A la altura de sus ojos, solo tiene que abrir los párpados para encontrar su blancura vacía y escaparse un poco de lo que ocurre.

Su madre, de nombre de flor, compra su ropa y la de sus hermanos. Tiene buen gusto. Es una madre moderna y viva. Elige la misma para las dos hermanas. Iguales. Tan guapas. Un vestido rosa con botones nacarados que le fascinan. Pero el de ella está a menudo en el suelo que no debe estar. Cuánto querría estar junto al de su hermana.

Como debe ser. Para que el peso no sea tan grande.

## EL CORDÓN

Debería existir un cordón de corazón a corazón, como tuvieron aquel umbilical, con el que pertenecerse aún, que de ella saldría para enredarse en el oído de su madre, y le dijese, como un cántico, su encierro periódico de algunos ratos, y así llamarla para contarle que algo se le escapaba por los pies y entre los muslos sin hacer.

La madre le contaba que en sus vacaciones de niña, lejos de su ciudad de ahora, y de vuelta a sus prados, corría descalza por ellos sin importarle herirse los pies, sin detenerse más que en sus fuerzas. De eso se acordaba cuando sentía que sus pies estaban atados a ese suelo del cuarto de baño, limpio pero tan fangoso, en el que debía permanecer de pie, entorpecida allí con su ropa en los tobillos. Casi inmóvil, resistiéndose con un gesto esquivo de una cintura que todavía no tiene y algún sonido sin voz. ¿Para qué otra cosa? Allí no hay salida por mucho que quiera correr. Tampoco corre en el recreo del colegio.

Está sola.

Pero la madre parece no oír. Tiene el laberinto de sus oídos recorrido por poemas y nuevos arrullos.

Bastará entonces con esperar un poco. Él se cansaría, como siempre. Mirando la blancura del lavabo podía pensar que ni siquiera estaba sucediendo. Luego él la dejaría de nuevo en el cuarto de estar de la nevera desubicada. Nada parecería haber sucedido. Dibujos en la tele y merienda inocente.

## **NARANJA**

En algunas ocasiones el cielo de noche es naranja. Sentada en su cama lo mira. Es tan hermoso. No entiende el milagro del color pero le parece que está ahí para ella. No es el azul entrometido y descarado de los días. Es noche y lluvia. Debe de ser eso un cielo protector. Ahora, este rato, este instante sí merece la pena vivir.

Duerme arropada con su colcha roja.

# BLANCO

Madre, escucha: la profesora dijo que debía ser blanco. Todas por igual. Tutú blanco y medias y zapatillas de ballet rosadas. Y ese inmenso e inmaculado lazo del mismo color sobre el trasero. Madre: deja las rimas, deja los pájaros y deja los castaños. Te requiere el suelo y la liebre.

La madre se equivocó una vez más: amarillo. Un traje de ballet estúpidamente amarillo. Combinación imposible con el rosa.

Es que esta madre no oye. Ha desconectado el cordón. Confunde los colores. Deja entrar rojos y amarillos cuando todo debería ser blanco. Como sucede con el rojo, el amarillo ahora la retira del regazo de la normalidad una vez más. No podrá bailar ese día con las demás.

Sentada y espectadora. Sola. Como es ligera y liviana, parece que no está. Tiene mucho tiempo para pensar. El problema es la exposición. Siempre está demasiado expuesta.

Él puede solicitarla siempre que quiera.



## CANTA LA CARNE

¿Por qué no oyen su carne?

No para de tintinear desde el baño de eriales, del que emana un helor ya para siempre alrededor de ella.

Todos los ocasos la seguirán a partir de esa temprana derrota.

Ni un ángel ni una estrella.

Todos han faltado a la convocatoria.

Qué cielo tan indiferente.

Ni un beso siquiera para el gorrión sin arrullos.

¿Qué alineación de astros produjo esta oscuridad huérfana?

Alguien llega. El cerrojo se ha abierto.

La viste de prisa y la deja salir.

## UN CALOR

Nunca imaginó un dedo donde él lo ponía.

¿De qué gancho han colgado su corazón de ternera? Entre todos los soles ni uno siquiera puso luz para ella en su devastación. Ninguno de los dioses retiró las manos de él cuando insistían en ella. Les hubiese costado tan poco sin embargo. Todos dejaron que tomase las manos pequeñas de ella para desubicarlas y reubicarlas donde les era ajeno, inmensamente extraño. Recordará siempre ese calor de la carne que debía manosear interminablemente. Eso debe de ser un hombre, piensa.

¿Qué era lo que ponía en marcha al predador?

No debe intentar ni un aleteo. Mejor mansa. La caza está servida en ese tiempo coagulado que la marea y entontece, que le impide buscar las razones. Las bocas silenciadas no dejan por ello de hablar, se vuelve eterno su decir, hablan para siempre, aun sin voz.

Sentada de nuevo ante la merienda, nadie en aquella casa ve. Ahora vendrá mamá a buscarla. Sabe dios dónde está. Nada debería ser más importante que cuidarla.

# LA VERGÜENZA

Alguien habría podido enjugar todas las lágrimas, las que no salían de sus ojos. Estaba seca y a la vez anegada, inaugurando una inaudita soledad, recorrida por una vergüenza sin palabras, de animal, de rabo entre las piernas sin saber por qué, pidiendo perdón por un nada pero que ya era todo, solicitando ese don a su madre, a su padre, a su hermana, a su hermano acabado de nacer, el debido por no haber volado de aquel baño, por su carne estrenada. Bastaba con que ella hubiese abierto la puerta. Pero no alcanzaba, es que no alcanzaba.

Solo puede perdonarse lo imperdonable. Eso lo aprenderá mucho después.

## **YA NO HAY LUGAR**

Dónde estar si no hay lugar para ella. Los lugares se han desplazado y ella, obediente, intenta ocuparlos. Se sienta donde debe, escucha lo que dicen, estudia lo debido. Se baña, come, se viste, pero no está. Ya no ha lugar. Solo un eco interior que rebota en sus órganos para recordarle que es una presa, una carne de presa, una presa de caza.

Bastó un gesto, un dedo, para enajenarla, para que ya no fuera ella misma. Ahora tiene el pudor de ternera desnuda. Todo sucede ya en la parte izquierda, donde el corazón.

Papá no viene. Es porque él tiene muchas cosas en que pensar. Por eso tarda. Se le llenan las sienas de tareas.

Esperaré.

## TAC-TAC

La madre llevaba a menudo un collar de perlas que su padre le regaló, aunque ella prefería pensar que se las pescaron las sirenas. Descansaban en su pecho aún sin abrir por el bisturí, como una corona sobre su corazón herido por dos de sus válvulas cardíacas estenosadas. El doctor se las ensanchará con sus dedos curadores la primera vez. La segunda serán sustituidas por unas de animal, biológicas, dijeron los médicos. La tercera ocuparán su lugar unas válvulas metálicas que sonarán, al paso de su sangre, como grillos nocturnos que la acunarán y alumbrarán como luciérnagas. Luego, mucho más tarde, sus válvulas formarán verrugas de sangre que desprendidas navegarán por el torrente de venas y arterias, obstruyendo sus palabras, sus equívocos, hasta llevarla a no se sabe qué mundos.

Creía que todas las madres sonaban, como hacía el corazón de la suya, con un corazón distraído, de rimas, de pájaros y hortensias azules del campo gallego.

## NO ERA EL SAPO

Un manantial y una doncella. ¿Es un cuento?, se pregunta. Ella quiere cuentos, tiene edad de cuentos. Parece. No van a pasar buenas cosas, le advierte su madre. Mira la película aunque no tenga tampoco edad para ello. Mamá lo dice y ella obedece. Pues claro. Siempre está la edad fuera de ella, enredándola para inquietarla y confundirla y hacerle sufrir más de la cuenta. Lo terrible será ese sapo, cree tontamente. No conoce a Bergman ni sus soledades. Se equivoca de nuevo. No era el sapo lo terrible sino el pelo rubio y muerto del que brotaría un manantial irreparable. Ella, piensa, también era hace nada una doncella. Sin manantiales.

Mamá se pone las perlas y entonces regresan las sirenas y la paz de mar amniótico y azul, calmo y animado. A veces huele tanto a verano que ya no hay tiempo sino un instante sostenido, un bucle de dicha de otro mundo del todo suyo pero en el que nunca estuvo, de una felicísima nostalgia de canción italiana, de poderosa y humana inmortalidad. Entonces se mira al cielo y se intenta oler el aire aún más, delicadamente, sabiendo que ese gesto que busca aún un poco más hará un cadáver del instante.

No hay cuentos para ella. Vuelta a la tierra.

¿Mejor estar muerta?

## CARA DE CERDO

Su compañera tiene cara de cerdo y está gorda. Caradecerdo no tiene la culpa, pero está enfadada y le pega cuando no mira ningún adulto, por la injusticia del reparto de caras y cuerpos. Ella no sabe si es peor ser gorda como Caradecerdo o que tu vecino meta su mano adulta bajo tus bragas de niña. No sabe si es peor tener cara de cerdo o que alguien meta sus dedos de funesto deseo en tu minivagina.

Pintopintogorgorito: te-ha-tocado.

Así es la suerte.

Si pudiera lo preguntaría, pero no sabe preguntar.

Cara de cerdo o dedos de cerdo.

Pintopintogorgorito: solo hay terneros y cerdos. ¿Qué eliges?

No lo pienses demasiado. A todos se los comen.

## LA DISTANCIA DE RESCATE

A ver si viene papá. Estos no se enteran de nada. Los odia a todos. Mejor para ellos que no puedan adivinarlo, así estarán tranquilos. Ya no pueden acortar la distancia que les separa de ella porque se ha endurecido y llenado de espinos, como los de aquel cuento de la durmiente, la que estuvo cien años como muerta. Los busca, pero aquí no hay príncipes que valgan.

Como muerta entonces.

Hasta mañana. Hasta mañana *si dios quiere*. A dormir. Espera no soñar otra vez con el mar que no la deja llegar a la playa mientras todos charlan, distraídos, sentados en la arena.

La ropa preparada para mañana. Si pudiera quedarse en la cama para siempre, acostada, a salvo...



## EL CORAZÓN MECHADO

Un soplo más, *al menos un soplo más*, parece escuchar en su oído.

¿Querrá que resista por encima de sus fuerzas? No entiende por qué se lo susurra si él mismo sabe ya que no hay ángel que pueda escucharla ni llevarla a su corazón. Estúpido poeta. Fatigosa la espera. Y la espera es para nada.

Solo quedan oscuros sollozos.

Quiere que la laves para que toda el agua entre en ella como un manantial, merecido baño como si a una virgen correspondiese, necesario para librarla de los sapos calientes que la siguen como polluelos y que nunca serán príncipes. Pero resbala el agua por su suciedad sin reparar en ella, sin apenas sanarla.

Acaba de darse cuenta de que el carnicero le ha mechado el corazón.

## **SILOGISMOS DE HERBÍVORA**

¿Dónde está su hilo de Ariadna? Si pudiera seguirlo para dejar al carnicero... Luego supo que Ariadna se había colgado.

Seguirá entonces en aquel Almendrales sin almendras para una ternera de piernas abiertas, incansablemente herbívora, sujeta a una pasión que solo es padecimiento y pasividad, para una ternera expuesta, a la mano para ser palpada.

Su cabeza, pequeña aún, insistía en producir extraños silogismos insensatos y tristes cadenas de causas y efectos, donde la conclusión final era siempre la misma: las manos desubicadas de él, sin más corolario que el silencio y el escondite compartido sin elección.

El silbido del afilador por la mañana traía nuevos alientos, los de los sábados de sol, los de la calma del desayuno. A salvo.

Cerca, una vez más, el olor imparable de humedad que salía por debajo de la puerta vecina, escalera abajo, atufando hasta las flores azules de su pared infantil.

## LA BESTIA

Ahora es sin remedio una bestia de una carga invisible, ahora en cambio monstruo de un bestiario infantil.

¿Harán sus huesos raíces allí? De momento solo respira porque no puede dejar de hacerlo; hace un esfuerzo infinito para que no duela.

¿Qué sonido te envuelve los oídos que no oyes cerrarse esa puerta?

No me leas más poemas, madre.

Nos ensordecen.

Escucha: él siempre me anda buscando.

Si no reaccionas, no vas a poder rescatarme ya.

## **EL CIELO DEL PALADAR**

Un hilo enlaza el corazón a su lengua. Ahora se ha hecho anzuelo y tira de esa lengua como de un pescado. Por eso no puede hablar. Su boca, que apenas come, está ocupada en guardar el secreto. Todas las palabras de niña que antes correteaban por su lengua y sus dientes de leche se han paralizado, asustadas primero y endurecidas después. Han tenido que arrinconarse en el paladar de una boca que es ahora una cueva, guarida del cazador.

Alguna vez, cuando pase el tiempo, en su boca retoñarán morfemas y sufijos, y las metáforas de su madre se le vendrán a la boca, y el velo del paladar será otra vez un cielo -como el de las mañanas de piscina- y las mejillas, praderas.

De momento sigue respirando desamparo.

## NOCHE EN EL MONTE PELADO

¿Se pelan los montes también? Pelar es transitivo: pelar un conejo, pelar un pavo... El disco rondaba por el salón de la casa, pero no era necesario escuchar esa música para sentir el acecho. Bastaba el título, *Una noche en el monte pelado*, para recordarle todas las noches que la aguardan en sus días, las noches peladas, las que veía de regreso a casa algunas veces al volver del campo los domingos, sentada en el asiento trasero del coche rojo de papá, noches de brujas, de árboles negros y nudosos, de soledades que se le pegaban al iris. Eso debe de ser el terror: quitar la piel o el pelo, arrancar el caparazón, desplumar, y entonces dejar a la intemperie, sin resguardo, sin posibilidad de cubrirse.

Pelado también es su sexo.

## ES LO NATURAL

Receta de cocina.

Cómo limpiar unas ancas de rana: solo es necesario -dice el recetario- una rana, unas tijeras y una manguera. Insertar tijeras, vientre, parte trasera, colgajo de piel, arrancar, tirar, insertar dedo, la última articulación, cortar los pies, desechar migajas y limpiar tijeras. Nota -advierde el cocinero destripador-: no se preocupe si, mientras, la rana gatea, parpadea o pateo. Es natural. Por eso recomiendo al menos un día de refrigeración antes.

Ella pensaba que solo se pelaban las patatas. Años después en un documental vio pelar una rana. Cuando tiraban de su piel hacia atrás la rana abría desquiciadamente los ojos. El cuerpo permanecía paralizado bajo la mano del verdugo, la boca inmóvil. No había voz. Intentaba arrastrarse. Claro, no la habían refrigerado en su morgue. Creyó que las ranas eran mudas y no podían aullar cuando las torturaban. Qué inquietantemente silenciosos y quietos están los animales a veces.

Sin explicar por qué, a veces se resiste a pasar la mañana en casa del carnicero.

Introducir el dedo. Parpadear. Es lo natural. También para ella.

## SENTARSE SOBRE SU SEXO

No hay colocación posible. Ella es tan breve que cuesta acomodarla. No le gusta sentarse sobre él; no es como el regazo gallego de su padre, hecho de montes y lobos verdes, de pan de centeno y castañas cocidas de infancia. No. Es una concavidad carnívora, un hoyo adulto que emana un calor blando y que aparece entre sus muslos de gallina sin que sea convocado. Esa emanación recorre su trasero por hacer y se siente enajenada.

¿Se sientan así todas las niñas?

Tira de su columna vertebral con las manos como de un corpiño para hacerse, por si acaso, impenetrable. Prefiere su pupitre y su silla de superficie sin sorpresas.

Estate atenta, se dice.

Ella, que querría ser una novia voladora, tiene que estar siempre alerta, como un cíclope enano de ojo en la nuca y buen carácter.

Si así, sentada, le llegasen los pies al suelo, cree tontamente que podría correr, ignorando que el cazador ha atado sus sesos a los suyos para toda la vida, como cordones de zapatos.

Al menos en ese amasijo hay rendijas donde crecen las amapolas rojas que tanto le gustan a su madre mamífera, como las que un suicida colocaba en las rejas del lenguaje.

# TOMASÍN

Quizá fuera porque tenía las neuronas anudadas con lazos o con espinas o con flores, pero la cabeza de Tomás andaba fuera de tiempo. El caso es que le pusieron el sufijo -in y Tomás, ya Tomasín, solo pudo espantar. Los sufijos se añaden al final y modifican el significado, dice la gramática. A él se le pegó un sufijo insignificante y solo pudo correr, sin saber por qué, tras todos los chicos de la vecindad, solísimo en su persecución de anormal, sin llegar a recorrer nunca una distancia que le hiciese encontrarse con otro. Decían que era subnormal. A lo mejor la médula o los líquidos que recorrían sus hemisferios cerebrales fuesen más espesos de lo común, o fueran como agua, claros y azules, pero incapaces de guardar contenidos y algoritmos.

Tomasín se escapaba alguna vez en un descuido de su madre. A veces llevaba un palo. Es un pastor de nada. Qué dirían sus padres cuando Tomás volvía a casa. Tal vez llorasen a veces sin que Tomasín entendiese, o quizá sí, y una negrura de anormalidad les ataría cómplicemente los tobillos al suelo que compartían. Quizá intentarían que saliese poco a la calle para ahorrarle soledades y horrores de diferencia, con sus ojos achinados que delataban, para todos, sus cromosomas poco respetuosos con las secuencias. Tomasín no sabe que no tiene gusanos de seda en una caja de zapatos de tapa agujereada, ni sabe que no trepa árboles de hojas de morera, como hacen los demás para alimentar a los pálidos vermes, ni que nunca lo hará.

Si esos ojos subnormales pudieran entenderlo quizá preferiría a ratos, como ella, estar muerto. Pero escapa por la puerta abierta como haría un cachorro y corre sin sentido tras la normalidad.

Absolutamente solo.



# NADAR

Aprendió a nadar muy temprano. Su madre temía que sus tres crías se ahogasen en la piscina color del cielo o en el mar vacacional. Iba con su hermana y algunas primas. El método consistía en hacerlas sentir que se ahogaban y que se jugaban la vida en las brazadas que debían aprender a dar: la cabeza insistentemente sumergida, la meta movible y lejana cada vez que iban a alcanzarla, los ojos chorreando agua. Solo mamá podía salvarla. Lo hacía cuando la envolvía en la toalla y le ponía la ropa, y la llevaba a casa en su coche de madre joven e independiente, y cantaba canciones mientras conducía ligeramente, como una actriz de melena ondulada y pitillo humeante de novela de Hammett, en los pies sus sandalias de ante morado, en la muñeca derecha su pulsera seminario de oro amarillo que hacía tintinear para no escuchar las válvulas metálicas de su corazón insuficiente.

Ella se mudaba entonces en un renacuajo tranquilo, dejaba los pulmones de mamífero para creerse una larva por hacer aún, acuática, mecida al son de los colores de la ropa de su madre, lista para vivir.

## QUE NO LA HAGA INEPTA PARA VIVIR

Fuera del baño él nunca le habla. No es porque la eluda, es que no la ve. Sin interés. Debe ser que desnuda adquiere contornos. Donde quiera que se siente es prescindible, piensa. Piensa. Qué cabeza la suya que siempre anda pensando.

Ahora mientras el resto del mundo la ve, para él ha desaparecido. Ella se mira. No entiende su invisibilidad intermitente. Allí están sus pies y sus hombros. A veces se tumba dentro de la cama y ensaya su figura muerta: alongada, basta cruzar los brazos sobre el pecho y pegar las sábanas a la silueta de su cuerpo. Parece una momia de las que están retratadas en el libro *Tesoros de la Humanidad* que anda en la estantería de su casa. Le faltan los ojos pintados, los azules lapislázulis y los oros para ser una diosa muerta. Solo es una niña semimuerta. Lo nota con la punzada repentina bajo su esternón que llevará siempre adormecida para despertar cada vez que se sienta inepta para vivir.

Se levanta. Aún no es hora.

## EL SECRETO

Desabrocharse el pantalón con una mano mientras con la otra la traía hacia sí. Esa era una de sus pericias. Y asegurar el silencio de su boca de golondrina *-alouette*, decía la canción de antes de subir al comedor del colegio en los días de lluvia. Cantaba *chante l'alouette* aunque en realidad era *gentille alouette*. Cosas de oídos pequeños-. Pero tú no vas a cantar. Los secretos silencian todas las bocas, la de la cara y la del sexo. Ahora vas a tener un secreto ahí inscrito en las ingles, tatuado en el aire de cada sople de tu respiración. Prueba a contar el secreto, a despegar los labios, parece decirle: no hay voz ni palabra para ello. Como le pasaba a la rana despellejada. Te he cosido los labios por dentro, a ti, la elegida en el secreto.

Se acuerda de Margarita, la necia que solo se preocupaba de «cortar la blanca estrella que la hacía suspirar». Se lo recitaba mamá. Margarita quería la estrella para hacerse un prendedor mientras que ella la hubiera necesitado para alumbrarse. *Por el cielo y por el mar*. Por allí se fue Margarita, la del poeta que sentía cantar una alondra, mientras que ella seguía encerrada periódicamente con un silencio de ataúd.

Ella montó una vez en un barco de pesca en el mar Cantábrico, aunque sus vientos parecían de océano. Olía a sirenas y aguas de lluvia. Todo el aire estaba para ella, el aire libre para la gacela encerrada, los vientos griegos que podrían levantarla por los aires, como a un Altazor. Qué fácil respirar entonces.

Muchos años más tarde se puso de moda un corte de carne llamado secreto: un-corte-de-carne. Como el suyo entre las piernas delgadas. *Secreto con trompetas de la muerte*, dice la receta, pero es, sabe, una sentencia.

## LA OTRA MADRE

El carnicero también tiene una madre. Aún está en edad de vivir con ella. Esta sí que no ve, no quiere. Menuda gallina ciega. Los ojos vueltos hacia dentro no tienen que mirar lo que no se quiere. Cocinea y charla. Los párpados abiertos para nada. La madre pulidora de perfecto orden y brillante suelo bajo el que hay podredumbre apestosa que no quiere oler. Pasa por la puerta del baño y no le extraña su cerramiento ni la ausencia de la pequeña liebre a su cargo. Sin embargo hay un mugido sordo que se cuele por los bajos de la puerta, un susurro de serpiente que convoca a la malograda a confiar en él mientras la desnuda. Lo importante es la esmerada limpieza de la casa. Pon los pies sobre estos trapos cuando entres para sacar de paso brillo al suelo. Adivina adivinanza: reluciente por fuera y negro por dentro. ¿Qué es? La casa de la carne. Y sin embargo ella pensaba que era una madre como debía ser una madre, limpia, cocinera, planchadora, atenta a los quehaceres. Esa madre carnicera es un ama de casa, es el Ama de la casa. Por eso decide y manda. También lo que quiere oír.

## UNA VIRGEN

En uno de sus poemas, su madre escribió: «[...] pasarán legiones de cadáveres». Así que el horror puede llegar en legiones, pensó, organizadamente, a buen paso. Los muertos andantes serán para ella una renuente compañía, invisible y muy lejana en ocasiones pero tan presente como para soplar en sus besos futuros y en su carne de mujer enamorada. Serán el coro griego que la seguirá pausada pero constantemente, alojado en el fondo de la parte oceánica de su cabeza, cantando la herida desde donde hará elecciones de amor y vida, haciéndola interpretar muchos signos. La culpa es de los laberintos de esa casa carnista, que la van a anclar a las cenizas.

Ella, el corifeo de la legión del sexo inoportuno, la heroína sin estirpe, a la que sin embargo siempre le quedará su nombre, porque cuando papá enrosca su melena en el dedo índice, el tiempo vuelve a ser apropiado, y ella a ser una virgen.

## POR CORAZÓN

*Vous devez l'apprendre par cœur*, le dice la profesora de *grammaire française*. Aprender por el corazón, en el corazón, para el corazón. Tarda tiempo en entender que entre la memoria y el corazón hay un acuerdo, aunque tampoco es de extrañar, bien pensado. Si hubiesen abierto su corazón entonces, como hicieron con el de su madre en el hospital donde ella la visitó, habrían encontrado dos pequeños ventrículos y dos aurículas similares, pero también un sexo mínimo, el sexo de su corazón, que respiraba con el que tenía entre las piernas, un sexo incipiente que crecería con los años en otras muchas partes de su cuerpo pero que nunca se marcharía del corazón. Allí está su memoria. Lo que aprendió de ternera en el baño le pasó por el corazón.

Poco tiempo después, cuando al carnicero se le acabó su momento, ella rompería a llorar para no poder parar en años. Rotas las defensas que cerraron su boca con una contención enferma, las lágrimas aparecían por todo y por nada también. Ella, que no lloró ni una sola vez cuando profanaban su carne, no encontraba la manera de controlar su llanto. Se había convertido en una llorona. Era una dolorosa. Sin caparazón, otra vez a la intemperie, pelada de nuevo ahora por su liberación, sin saber a quién acercarse ni qué hacer. Mientras se mantuvo el cerrojo en el baño conocía su utilidad, pero qué hacer después. No sabe dónde va una rana pelada.

Sábado de campo.

Voy a sentarme aquí, piensa y decide, porque es aquí donde quiero estar, sobre las flores.

Y porque hay tréboles de cuatro hojas que dicen que dan suerte.

Cóseme a ti, mamá.

## NUCA DE VISÓN

Si a la hora de la cena toca la barba de papá, cesan las cavernas. Ha crecido durante el día mientras trabajaba para que raspe armoniosamente su mano al acariciarla. Y el gesto musictea: Cra-cra. Recuerda al tic-tic de la sangre de mamá al pasar por la válvula mitral y la aórtica. Sonidos de casa.

Los sábados por la mañana le corta las uñas. Al ras, para que no quepa suciedad. Como dios manda. Podría pasar la vida sentada en el regazo de papá ofreciéndole las manos para que él se las prepare. La vida está en las manos. Luego se las mira. Cada dedo tiene una historia y papá se la cuenta en gallego. Ella ríe con la del dedo *pequenín* y con el nombre de *furabolos*. Eso sí es pulcritud de verdad. Papá la ha limpiado una vez más. Como el gesto de amor de las monas despiojando a sus crías.

Un día de helada papá cayó en el portal al ir a trabajar y se golpeó en la nuca. Ella no sabía que existiera la nuca. Nuca. No había aprendido aún la palabra y toda su vida dependía de la nuca de su padre que reposó días en oscuridad y silencio. Ahora la nuca tenía su propio lugar, no tanto entre el espinazo y la cabeza de su padre, sino en su propia boca, que repetía la palabra como la mano acariciaba la barba.

Y la nuca de papá despertó.

Muchas mujeres tenían abrigos de nuca de visón. Era una moda. Su madre guardaba uno que le habían regalado en el armario. Nunca se lo puso. Seguramente sabría de las pequeñas muertes allí cosidas.

## **CABEZA DE AZOTEA**

Si tuviera una azotea podría ver otras cosas, pero solo puede ensimismarse en su raptó. Si su cabeza tuviese un ático treparía por ella y subiría para avistar otras posibilidades de vida que podrían ser la suya. Pero esta cabeza enfangada no le deja ver los cielos, ni las cúpulas de oro de San Marcos que aparecerán en sus sueños adultos, las que la esperarían si las viese. Y luego está el vértigo. Se marea con frecuencia. Su cerviz, aun sin verse, debe de estar doblada, como un tallo mustio, depuesto y humillado. Será por eso su mareo.

La cerviz puede no obstante erguirse. Seguramente con el tiempo se vuelva indómita.



# SINÉCDOQUE

Es que no deben salir porque pueden comernos las manos. Eso ha dicho nuestra tía, y ella sabe de estas cosas porque son sus cerdos y siempre vivió así. Nosotros somos gallegos solo de verano y no nos enteramos de eso ni de que las vacas deben estar sujetas todo el día, con su cabeza mirando hacia la puerta y sus ubres dispuestas para que les quiten la leche, tocándolas sin permiso. Sinécdoque: la parte por el todo, la ubre por la vaca entera. A veces un hombre de las vacas mete su mano enguantada en la enorme vagina de la vaca sin ni siquiera avisarla, para inseminarla. La vaca no sabe qué es inseminar. Por eso se deja. Parpadea. Como la rana, como ella en el baño. Es lo natural. No puede girar la cabeza porque la tiene sujeta para que coma. La hierba segada y la boca de la vaca se entienden bien, no paran nunca.

Las vacas son guapas, dice mamá. Y lo son. La madre las acaricia en la frente con sus manos de mujer atractiva, de lectora, de poetisa. Ella la imita y acaricia también con su mano breve la meseta que hay entre los ojos de la vaca. Luego con el tiempo descubrirá mil mesetas para acariciar, y amará y besará las de los cuerpos de sus amantes, cuando sus labios se descosan, cuando sea una carne enamorada, lejos del *ritornello* que creyó eterno.

Mamá entiende la ruina de vida de ser vaca, o cerdo, de no poder sacar cabeza del encierro para ver los castaños y los manzanos, las berzas y las moras. A su lado ella aprende para siempre cómo acariciar. A lo mejor mamá tiene problemas en el músculo cardíaco no por las fiebres reumáticas que entraron en ella por la respiración, sino por sentir tanto. Mamá no tiene ubres sino un pecho pequeño y delicado, renacentista, como ella desea tenerlo cuando sea una mujer de verdad, y no la prematura que es ahora.

Son vacaciones pero por ahora sigue anillada, como un ave. No en la oreja sino en los labios. En todos los labios.

## LA VACA REINA

Allí llaman al establo la corte. A ella le suena majestuoso, pero es una insensatez. Estos cerdos son blancos porque nunca les dio el sol, crudos, carne cruda y viva aún. No ven porque nunca hubo luz donde están, más allá de las vacas, porque su existencia es considerada menor en esa provincia. La vaca es la reina. Por sus tetas y su vagina, su leche y sus terneros. Eso quizá les pasa a todas las reinas sin que lo sepan. Guarda bien las manos de niña cuando se asoma a escondidas a mirarlos no vaya a ser que alguno se las coma, porque estos cerdos están locos. No hay más que verlos, no tienen juicio. Les pasa por estar siempre encerrados.

Están muy juntos, dice. Es así, ellos no necesitan espacio, responde su tía. Ni mucha limpieza. Son cerdos. Comen lo que nos sobra y nunca dejan nada. Será porque les gusta, ¿no?, añade. Ha pasado que algunos se han comido a sus hijos. Como el Saturno que vio en el museo, y que se quedó en sus pesadillas, con ese pobre desheredado entre los dientes.

Los cerdos no saben que hay mejores vidas. Quizá lo intuyan, como le pasa a Tomásín, aunque ellos no pueden ni siquiera correr tras vete tú a saber qué.

Casi mejor que los maten pronto, piensa.

Yo me voy con papá, que huele a camisa blanca planchada.

## **LA RISA**

Después, siendo mayor, a ella le hacía demasiada gracia aquel chiste de las ovejas que parecen reír porque alguien les ha cortado el labio de arriba, que enseñan bobamente los dientes en el prado, condenadas a una mueca de risa que debería ser de extremo dolor. No le gusta reír por esa crueldad, pero así son algunas de las risas. Vienen sin llamarlas, descontroladas y atinadas. Risa y tortura a veces se anudan. Tal es el espanto.

## PARA QUÉ ESTE SACRIFICIO MÍO

Llora porque todo es para nada. Un griego trágico le explicó más tarde que el sacrificio era una ofrenda y que requería destrucción: entonces, tú, Ifigenia, serás sacrificada. Pudo haber sido otra, lo sé, pero vas a ser tú. Para que los vientos se pongan en marcha voy a darte en sacrificio. Cuánta arbitrariedad, cree. En voz baja pide a los dioses una Nochebuena eterna lejos de su viaje de invierno, de su intransferible viaje de invierno, desprovisto siquiera de tilos y luna llena. Pero aquí no hay vientos que poner en marcha. No es necesario. ¿Para qué entonces? Ah, se olvidaba de que las causas no existen. No obstante, años después ella estudió Teoría del Conocimiento, por si acaso.

Será todo por el estado de ánimo de alguna divinidad. Preferirá estos sacrificios de dioses celosos que los del matadero de terneros. Tal vez por eso más tarde se haga lectora, como lo era su madre, una lectora que le enseñó a leer de verdad, no como lo hacían en el colegio. Para leer, primero hay que escuchar los amores de las palabras, dejarlas entrar en los oídos, respirarlas y reposarlas en alguna parte del corazón, con el ritmo del alma. *Par cœur*.

Cuarenta años más tarde lleva siempre algún libro en el bolso. Como una estampa, como un santo. Por si acaso.

## LA MUERTE EN LA NUCA

Los conejos nacen con una posibilidad de muerte en la nuca. La de su padre no la tenía, por eso se despertó después del golpe accidental en la mañana de la nieve. Estando de vacaciones en aquella casa familiar del campo de nubes celtas, el padre mató un día un conejo para comerlo. No era cosa que él hiciera, no era un mataconejos. Era un padre aseado, de manos limpias y anchas, preparadas para acoger y sostener. Manos de dar la mano y no de golpear una nuca. Este conejo hace lo mismo que la rana: se mueve.

De nuevo el coro de cadáveres. Ella los saluda.

¿Tienen los carniceros sangre en las manos? El suyo es joven, está ensayando. Ella confía en que entre sus muros de carne humana haya también lirios escondidos. Llegarán futuras manos jardineras, amantes, para descubrirlos. Las de él solo cavan hoyos.

## CAUSA-EFECTO

Ya tenía algunas manchas metafísicas en las sinapsis que la hacían sospechar que no hay cadenas causales, que solo nos atamos a ellas para sostenernos, y que si ella es una ternera es porque sí. Desconfiaba del principio de causalidad, pero aun así la culpa se ha enroscado en ese mono jaspeado, de niña urbana y de buen barrio, que la favorece y que él desabrocha a voluntad, por mucho que se repita a sí misma que todo es sin principio de razón suficiente.

Vuelta a casa. *Cascanueces*. La funda del disco tenía azules de noche. Aún no sabía escribir con soltura, pero acariciar los contornos era al menos un modo de reescribir. Mamá le contaba el argumento y ella sonreía con el final feliz. A ver quién escribe un final feliz para ella, como el de Clara, que quizá no tenía nuca. Hoy no sale a la calle a jugar. El sol excesivo es otra intemperie. Tanto sol la asusta. Preferirá siempre los cielos con nubes.

## UNA INTEMPERIE

Que no me hable. No sé qué dice, pero no deja de silabear. La voz baja, como si todo aquello fuera menor. En eso ella reconoce el secreto y el escondrijo. Creo que trata de entretenerme y de quitar valor a lo que a la vez hace su mano derecha y también la izquierda. Por eso son manos de intemperie, porque tienen tiempos diferentes, cada una a lo suyo, una para él y otra para ella, pero para lo mismo. Trabajan, sin intención, en el mismo fin: que ella se malogre. La meta para el cazador es mucho más burda. Es del momento. La mano diestra es más activa y habilidosa porque conoce el terreno, es su terreno, el que debe estar acostumbrado a manosear. Ella solo lo ve de reojo, quiere tener prevención. Con el resto del ojo se mira hacia dentro, a las capas de abrigo que su casa teje, a sus zuecos rojos del número 27 de princesa contemporánea y a la falda escocesa que su madre ha empezado a confeccionar para su hermana y para ella y que nunca terminará porque sus manos no son costureras; les toma las medidas una y otra vez, y se quejan mientras revolotean, pero ríen porque saben de la hermosa incompetencia de las manos de su madre en esos asuntos, tan diestras sin embargo en elegir y abrir libros.

Tiene dedos de mujer de pintura veneciana.

Mamá posee todas las palabras; se las ha dicho Rosalía de Castro, mientras que este lenguaje mío está falto de conceptos, solo tiene nombres comunes y no suficientes para nombrarlo todo. A veces por desbordante convierte alguno común en propio: Baño, Carne. Pero si los tuviese diría que la mano izquierda de este acechador es debutante en asuntos de niñas, no parece saber de sexos, es leve pero entrometida, torpe e insistente.

Vá a prestar mucha atención a las manos futuras para aprender a diferenciarlas.

## COLOR CARNE

Es también bailarina. Dos días a la semana lleva en la cartera que su padre prepara una bolsa de tela y dentro las puntas rosas con cintas de raso, las medias y el tutú, ambos de color carne, carne clara, carne inofensiva, como una segunda piel opaca y protectora con la que puede bailar. *Pas de bourrée* frente al espejo y con la mano sobre la barra que no abarca. *Pirouette* con cuidado por sus mareos. Hay severidad en *mademoiselle* y alguna impiedad cuando disfruta de disciplinar a sus pupilas.

Pero ella se ha puesto su traje de superhéroe color carne pura y nada puede tocarla allí, pese a la melancolía de ángel de Durero que se le posa en las clavículas, la empuja hacia la tierra y la deja sin ánimos. A veces, ya en casa, el ángel levanta sus alas y ella baila poseída por un ritual de inocencia todavía, baila una «Leyenda del beso», como si se tratase de un ultrabeso, un beso más allá de todo beso, uno que la bese para siempre.



## LA VACA TUERTA

Lo hago porque es mía ahora que la he comprado, cuentan que dijo, e introdujo el palo en su ojo para dejar solo una cuenca, una cuenca húmeda. ¿Lloró la vaca?, pregunta. E imagina un mugido insoportable o un silencio de nervios rotos. Había una vez una vaca tuerta. Y no de nacimiento. Eso sí que es sufrir. La piensa sostenida en sus tobillos estrechos de vaca, sin manos para parar la ofensa y el abuso. Hay ferias de ganado en las que se venden carnes vivas. Están en los montes donde veranea y en los que ella ve higueras y prados de nombres cantarines, con sílabas de trinos de pájaros.

Ella no debería haber escuchado ese relato de una marca tan extrema. Se acuesta en su cama de colcha roja y piensa en el final de la película que han visto en casa, en la vaca, en el colegio mañana, en su afuera. Cree que este ritmo interminable es el ritmo de la vida, el de toda la vida. Pesa. No sabe si será capaz de aguantarlo.

-¿Puedo jugar con vosotras?

-No.

-¿Y dentro de un rato?

-Ya veré si quiero.

Se sienta y espera. No dice nada. ¿Estará tuerta y no lo ve? Quizá, pese a lo que todos dicen, ella sea fea y por eso no la dejan jugar. Todo es para nada.

## PONER Y QUITAR

Vestirse. Mientras duerme está la presencia de la ropa sobre la silla que su padre ha preparado para ponérsela temprano por la mañana. Lo hace cada noche: es el ritual del cuidado. Camisa blanca, pichi azul marino. Cualquier color que no sea uno de esos supone un inmediato castigo en el colegio. Es un gran delito el color. Hace tanto sueño. Su padre ha limpiado los zapatos. A ella la visten las manos de papá. A su hermana las de alguien que ayuda en casa porque su madre está enferma y suele permanecer acostada. Su hermano no debe levantarse; tiene solo edad para hacer una cabeza con mamá. Papá la viste para taparla, para que no entre en ella ni una pena, ni un frío, ni un insulto, con las ganas de que sea un caparazón.

Desvestirse. Deja la merienda, indica el cazador. Dame la mano. Sin hablar por el pasillo y pisando como los gatos, no deben oírnos. Entra hoy también. Yo paso el cerrojo, estoy más tranquilo. Aquí, a mi lado. No seas esquiva, mira lo que te he traído. Puedes jugar con ello aquí en el lavabo. No es gran cosa, pero para un rato... Solo nos llevará un momento. Yo te desvisto. Facilítalo un poco. No hace falta del todo, basta hasta los pies, porque hoy tenemos menos tiempo. Separa las piernas, no seas así. Es interminable. Que acabe ya. Esa actividad del cuarto del daño va a dejar vertederos alrededor de ella. Cuando salen le parece raro que no quede un charco de sangre.

## **CADA LENGUA TIENE SU MODO DE DECIR**

La broma de adultos a los niños silenciosos: no tiene, le habrá comido la lengua el gato. Qué tonterías dice este adulto, piensa. Él sí tiene lengua, no hay duda. No la deja quieta y dice y dice sin parar para no ver nada. Es una lengua que se enrosca en los ojos para cegarlos, una lengua irreflexiva que repite dichos de siempre, embrutecidos por el tiempo y la repetición, que encierran falsedades grotescas. Un poco de silencio, por favor. Tampoco sabe diferenciar el verbo ser del estar. Es un paradigma de adulto. Tiene cabeza de bloque de serrín, el mismo que en su colegio se esparce sobre el vómito de las alumnas. Los gatos domésticos no se asoman a las bocas ni comen lenguas de niños, ni de vacas ni de terneros. Bastante tienen los gatos con su ensimismamiento y ella con su vida de camposanto.

La lengua de su padre late en acogedores silencios. La de su madre recorre diccionarios gallegos. La suya está aplanada. No encuentra idioma para hablar de ello. No dice, su lengua inverna mientras ella hace la vida automáticamente, la de vestirse y desvestirse, cada día al mismo son. Ella con su lengua en la boca y allí fuera el mundo. Entre ambos, como un puente, la repetición diaria en que consiste la vida.

Esta niña está muy callada.

Esta niña no tiene lengua.

Mira, la lleva el gato en su boca.

## LA SOLEDAD HUESUDA

¿No podría acabar el mundo hoy mismo, en este preciso momento? Sería piadoso.

La soledad nació en un inodoro y se agarró a su tibia estrecha con la fuerza de una mano de hombre fibroso. No afloja ni cuando duerme. No da apenas respiro. La mano de la soledad es quien la peina por la mañana. Los huesos desleídos de las manos de la soledad le hacen la raya a un lado y ponen las gomas a sus coletas mientras ella se mira al espejo sin quererse, con un dolor austero, acostumbrado, ya casi virtuoso.

Yo quiero meterme en la cama de nuevo. Es pronto, es tan temprano. Si enfermo como mamá podría quedarme siempre en la cama, caliente como en un nido alto, tomando leche y entreabriendo los ojos con el placer de un sol de otoño. Agárrame, tira de mí -pide- para que la mano rotunda de la soledad se dé por vencida y nos deje en paz.

En pie. El ritmo de la vida la lleva a la calle. Sin aliento, aunque nadie lo vea. La soledad le rodea los hombros y la anima a subir al autocar camino del colegio para tomar luego asiento a su lado, como hace una compañera. Por eso ninguna niña se sienta a su lado, porque está ocupado.

Ni siquiera tropieza. Ha aprendido a llevar el compás.

# LA NIÑA QUE ES

¿Cuántos kilos pesará su corazón?

El de la madre se expande porque está enfermo. Se lo ha dicho el doctor de ojos azules que la cuida y la ama sabiéndolo solo ellos dos, con un amor de Bovary. Hay remedio medicinal para ello y si no, quirúrgico.

Peso y volumen no es lo mismo, pone en el libro de texto. Su corazón debe pesar como un ancla. Se encoge por desolación. Para eso no hay pastillas. Y por humillación: esa profesora le ha dicho que es fea. Se lo ha escupido con desprecio disimulado, con educada pronunciación, con falso gesto amable, y sin testigos, en un pasillo cuando bajaba del comedor. Ojalá se muera, piensa, y llora, pero no dice nada. Se lleva el insulto en la garganta; no piensa vomitarlo aunque aún no puede tragarlo. Ha acabado tarde de comer por culpa de aquella carne en el plato. Camina por la galería, y por otro pasillo más, sola, hasta llegar a su clase. ¿Verán al entrar la mancha del insulto en su uniforme? Nadie ve nada. Traga entonces. Saca los libros, los lápices y toda la inutilidad de los útiles de estudio.

A ante bajo cabe con contra de desde en entre hacia para por según sin so sobre tras. Él está en todas partes. Da igual dónde se coloque. Hay un tiempo de tregua pero siempre vuelve, incluso cuando no está, está en su ausencia, del mismo modo que sucederá también cuando se vaya para siempre.

Recreo. No va a jugar al escondite; ella nunca llega a salvarse. Ni siquiera va a correr. Siempre acaba cayendo en la misma grieta porque no hay mesetas seguras para algunos. Sabido que así es, al menos le queda la dignidad del silencio y la quietud.

Pronto retornará a casa. Bastará con sentarse en las sillas azules de la cocina y ponerse el pijama de niña que es. En casa.

«Casa», se dice en el juego del escondite cuando tocas pared y nadie puede atraparte ya.

## LA GALGA

Hay perros así que parece que piden perdón. Miran desde más abajo que abajo. Sumisos por nada, temerosos por si acaso. Encorvados. Van completamente desnudos. Qué solos van los perros.

A algunos les cortan las orejas, o el rabo, o ambas cosas. Depende de lo que le guste al dueño. Pueden hacerlo si quieren, pueden mutilarlos porque sí. No hay causas, ya lo sabe ella. Es lo que te toque.

Se dice en los corros de los recreos: *cuenta las veinte que las veinte son: policía y ladrón.*

O amo y perro  
o matarife y ternero.

A veces al mirarse en un espejo se descubre un contorno de galga sola en un campo abrasado por el sol, figura de lebrél innecesaria.

## UN TROZO DE MI CORAZÓN

Venga, murámonos. Esa puerta del baño es tan estrecha. Solo quepo yo. Muérete conmigo para que no tenga miedo.

La negrura la arrastra por su pelo largo, el mismo que peina papá, hacia una humedad de pozo que la retiene en la miseria de una nada, a ella, que se ha quedado sola con su carne.

¿Si te doy un trozo de mi corazón podré irme?

Pero alrededor de su corazón ha crecido una hondonada que ni ella misma puede saltar. Ya no es suyo. Antes pensaba que una hoja de berza verde azulada contenía ese corazón pequeño con amor de huerto húmedo. Pero ahora...

¿Y si hay una impronta de soledad?

Tienes que quedarte fuera,  
papá,  
por esa puerta solo quepo yo.  
Estando así,  
medio viva,  
en este polvo de descampado.

## **ASTRÁGALOS**

Y juegan con los huesecillos que piden al carnicero. Tabas. ¿De qué parte del cordero son? Seguro que sin ellos el cordero no puede andar. Está ya muerto, por eso no los quiere para nada. A la taba hay que quitarle alguna carne que queda pegada, luego fregarla con estropajo y estará lista para acompañar juegos en corro.

Para no ser diferente, ella fue un día a pedirle tabas a un carnicero. Colgaban de su mano en la bolsa sin letras, envueltas en ese cartón color gris piedra de pobres. No pudo llevarlas a casa. Trozos de animal. Dejó el paquete en un rincón al paso. Además ella siempre perdía a los juegos. Algunas niñas, tras descarnar las tabas, las pintaban de colores. El blanco desleído de hueso de cadáver se disfrazaba de fiesta. Ahora ya ni rastro del cordero sacrificado. Manos de niña ignorante lanzan los astrágalos al aire. No hay recuerdo para el cordero sacrificado mientras juegan sentadas en el recreo, sobre el suelo, en un corro de muerte.

Estas compañeras llevan el babi bien planchado pero no ven más allá de su contorno de niñas.



## BLANCA

Temprano, los domingos el padre compra para sus tres cachorros y para la mujer que no le ama las maravillas de un domingo de mañana: periódico, pan y pasteles de nata. Ella duerme hasta que su cuerpo despierta poco a poco, a su tiempo, sin que nadie violente el descanso. El día parece un cielo. La nata de los pasteles borra el tufo de la sangre de res del 4.º A. La mañana de domingo es blanca. Por algo de este blanco merece la pena vivir un poco más. *Papá*. Esa es la única palabra que quiere tener su saliva, junto a la nata dulce recién comprada. Se entienden bien: *nata, papá*. Es día de vocal abierta. El ejercicio de la vestimenta desaparece. Su pelo hace lo que quiere, sin gomas, sin esos peines de entre semana como arados preparándola para una vulnerabilidad. Tiene una costra en la rodilla, como todas las niñas, y unos sesos decididos a entretenerse en asuntos de su edad. Su soledad se desestabiliza; hoy puede apartarla con el leve gesto del codo. Es papá quien la lleva de la mano y no el ángel de la soledad.

El domingo se ha puesto de tarde. Mañana es lunes y hay que preparar la cartera. Cada libro, cada *cahier* que mete allí dentro, agujerea su corazón mientras va haciendo de ella una sombra, una luna lenta eclipsándose.

La desgraciada secuencia de los días. La luz de hogar, ya luz sacrificial.

# **AGRADECIMIENTOS**

Gracias a Juan Barja por su lectura y su generosidad.

Gracias a Javier Rovira por su entusiasmo.